

Vecinos y detectives en Belgrano

María Brandán Aráoz



loqueleo



www.loqueleo.santillana.com

© 1991, MARÍA BRANDÁN ARÁOZ
© 1999, 2005, 2014, EDICIONES SANTILLANA S.A.
© De esta edición:
2015, EDICIONES SANTILLANA S.A.
Av. Leandro N. Alem 720 (C1001AAP)
Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina

ISBN: 978-950-46-4366-1
Hecho el depósito que marca la ley 11.723
Impreso en Argentina. *Printed in Argentina.*

Primera edición: octubre de 2015

Coordinación de Literatura Infantil y Juvenil: MARÍA FERNANDA MAQUIEIRA
Ilustraciones: SHULA GOLDMAN

Dirección de Arte: JOSÉ CRESPO Y ROSA MARÍN
Proyecto gráfico: MARISOL DEL BURGO, RUBÉN CHURRILLAS Y JULIA ORTEGA

Brandán Aráoz, María

Vecinos y detectives en Belgrano / María Brandán Aráoz ; ilustrado por Shula Goldman. - 1a ed. . - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Santillana, 2015.

168 p. : il. ; 20 x 14 cm. - (Azul)

ISBN 978-950-46-4366-1

1. Literatura Infantil y Juvenil. I. Goldman, Shula, ilus. II. Título.

CDD 863.9282

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

ESTA PRIMERA EDICIÓN DE 2.500 EJEMPLARES SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN EL MES DE OCTUBRE DE 2015 EN ARCÁNGEL MAGGIO – DIVISIÓN LIBROS, LAFAYETTE 1695, CIUDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES, REPÚBLICA ARGENTINA.

Vecinos y detectives en Belgrano

María Brandán Aráoz

Ilustraciones de Shula Goldman

loquele_o

*A mis hijas: María, Dolores y Magdalena
de la Torre.*

*A mis sobrinos: Sebastián, Joaquín e Inés
Camerlingo, Agustina y Sonia McGough.*



1

VECINOS

Como todos los días a las cinco de la tarde, Fernando camina apurado hacia la esquina. Y así, de espaldas, se despide con la mano en alto de sus compañeros de sexto.

El colegio Andersen es un caserón inmenso ubicado en el barrio de Belgrano. A Fernando le hace acordar a Bariloche, por sus techos de pizarra y los triángulos de madera que adornan los balconcitos. Pero mejor no pensar en Bariloche, donde vivió hasta el año pasado, porque si recuerda el cielo azul, las montañas, ese frío que corta las mejillas y todos sus amigos de allá, si los recuerda, entonces va a extrañar.

El colegio es lindo, tiene patio, jardín y muchos árboles. Además, ¡queda tan cerca de su nuevo departamento! Para ir y volver, sólo hay que caminar media cuadra, cruzar la calle Zabala y ya está. Fernando carga la mochila en un solo brazo y a paso rápido llega al edificio de ladrillos colorados y ventanas blancas donde ahora vive. Con la mano libre toca el

segundo botón del portero eléctrico y con un cabezazo saluda a Ramón, el portero verdadero.

—¡Hola, Ramón! ¿Llegó Diego?

Diego y Fernando acostumbran andar en *skate* en la vereda, después de hacer los deberes. Esta vez Ramón niega con la cabeza, no puede dar el permiso para que su hijo salga.

—Diego vino antes porque faltó la maestra. Es queeee... no va a bajar, tiene que ayudar a la madre en casa —y, como para disculparse—: hoy fue un día bravo, llegaron nuevos inquilinos y el departamento no estaba en condiciones. Nos llaman a cada rato...

Fernando mira hacia arriba interesado. “¿Se ocupó el primero C! ¿Por fin!” Mientras Ramón protesta, él piensa. “¿Habrán chicos?” Por la ranura del portero eléctrico le llega la voz de su madre.

—¡Fernando! ¿Podés sacar el dedo del timbre, **por favor?** Te estoy abriendo —Ramón sigue protestando y Fernando ya no lo escucha. Mientras camina hacia el ascensor se pregunta una y otra vez cómo serán los nuevos vecinos.

La primavera alarga las horas; son las siete y todavía no oscurece. Los chicos cuchichean sentados en la escalera. Tienen poco tiempo para discutir las últimas novedades. Las madres respectivas insistieron antes de salir: “Vuelvan pronto, miren que hay que bañarse **antes** de comer”. ¡El dichoso baño!

Diego refunfuña con la boca llena de alfajor. Es gordito, morocho y rozagante. Muy diferente de Fernando, flaco y pecoso, que mira desde abajo porque aún no pegó el estirón.

—No entiendo por qué me **obliga**. Soy **yo** el que se baña, no ella —comenta enfurecido Diego.

—El que **no se baña** dirás —ríe Fernando. Y para consolarlo—: No te preocupes, las madres son así, les gusta la limpieza y esas cosas. En casa pasa lo mismo. Pero yo inventé algo. Abro la ducha, me mojo el pelo, canto un rato y salgo cambiado. Nunca se da cuenta. Ahora contáme: ¿quiénes son los vecinos del primero C? ¿Hay chicos de nuestra edad?

Diego suspira, lame a conciencia el papel del alfajor y sonrío sarcástico:

—**Una chica**. La anteojudá.

Fernando está desilusionado.

—¡Qué rabia! Toda la casa de personas grandes.

—No es una chica... común —aclara Diego, mirando con tristeza el papel limpio y brillante—, como mi hermana mayor, que se la pasa sin hacer nada. Ésta es una sabelotodo. Lo ayudé a papá a subir algunas cosas. Ella estaba en su cuarto rodeada de cajas y cajas. Todos eran **libros**. ¿Te imaginás? Cientos y cientos de LIBROS.

Fernando pega un silbidito. Apenas puede dar crédito a lo que oye.

—**Libros**, en cajas. ¿Para qué querrá tantos?

Diego se encoge de hombros.

—¡Y qué se yo! Para mí que los lee.

Los chicos se quedan un rato en silencio. Tanto esperar a que se ocupara el departamento vacío, para nada. El edificio viejo tiene inquilinos y propietarios, casi todos son personas mayores. Y no se puede hacer mucho ruido, y no se puede tener perros. Y lo peor, en toda la cuadra no hay chicos de su edad. Puros bebés o chiquititos. Nada de amigos. “Salvo Mauro”, piensa Fernando. De repente los dos han coincidido y se miran más optimistas.

—Por lo menos enfrente está Mauro —dice Diego, y busca algo comestible en el bolsillo de su pantalón.

—Sí, ¿y cuándo lo dejan salir? El pobre se la pasa encerrado.

Por un momento, Fernando imagina a Mauro en su casona de la esquina, con un dormitorio para él solo, casi tan grande como el living de su departamento. ¡Seguro que está estudiando!

Mauro Fromm no tiene padres, vive con sus tíos. Unos tíos ya mayores, que lo adoran y lo cuidan tanto que apenas si lo dejan salir. Todo el día va a un colegio alemán y los fines de semana a una quinta o algo así. A veces los invita de contrabando

a su cuarto. Pero no es lo mismo. Mejor es andar con el *skate* en la vereda.

El ruido del ascensor alerta a los chicos. Como si se hubieran puesto de acuerdo, los dos miran absortos los botones que encienden y apagan la luz colorada. El ascensor para en el primer piso. Alguien sube. Al llegar a la planta baja, las puertas se abren y una chica delgada los mira con cautela.

Diego codea a Fernando y susurra apurado:

—Es la anteojudá. La vecina nueva.

Una chica de anteojos, trenzas y pantalones. Menuda, frágil, pero decidida, cierra la puerta del ascensor y se dirige hacia los chicos. En la mano derecha, hamaca una bolsa de compras.

—¿Me pueden decir dónde hay una carnicería cerca? —pregunta mandona.

Diego la mira serio, como si no entendiera.

—¿Una carnicería? —repite bobalicón—. ¡Ah, sí! Caminá hasta la esquina, después doblás a la izquierda y seguís dos cuadras. Cuando llegues a la plaza vas derechito media cuadra más. Es justo enfrente. Vas a ver una puertita que arriba dice “Zoilo”.

La anteojudá agradece, se despide y sale. Muy derechita, muy aplomada, hamacando la bolsa.

Fernando la mira y después, atónito, a Diego:

—¿Te diste cuenta a dónde la mandaste? —pregunta sorprendido.

Diego sonríe feliz. Ha encontrado un caramelo pegado al fondo de su bolsillo y mientras lo chupa explica con voz gangosa:

—S . A lo del **Carnicero Loco**.  Vamos a ver cómo se las arregla!

Y sin poder contenerse los dos empiezan a reír a carcajadas.

EL “CARNICERO LOCO”

Al llegar a la esquina Adela se desinfla. ¿Cuántas cuadras a la izquierda? Ah, sí, dos. La pusieron nerviosa esos tontos, por eso ahora le cuesta ubicarse. Esta calle se llama Zabala, y su nuevo departamento queda en Ciudad de la Paz. Su madre quiso que lo anotara pero ella dijo “NO HACE FALTA”. Además insistió en ir a hacer las compras sola. Ahora no puede perderse, ¡sería un papelón! Es feo estar recién mudada. ¡Y encima esos dos tontos riéndose a sus espaldas! Adela se cala fuerte los anteojos. No le importa NADA. ¡Peor para ellos!

Se está haciendo de noche. Camina apurada las dos cuadras que le faltan y llega a la calle Moldes. Un poco más lejos se ve la plaza poco iluminada y desierta. Antes, en terrenos del ferrocarril, la sorprende el majestuoso puente. Piensa que se parece a la montaña rusa del parque de diversiones. Bueno, se parece **un poco**, con esos fierros anaranjados que forman torres y sostienen el pasadizo hacia el otro lado.

Es tarde. Agitada cruza la calle y entonces lo ve. Él ya la estaba mirando. Es un perrazo amarillo. Si tuviera el pelo limpio parecería dorado. Pero está sucio y es muy

flaco. El perrazo la mira temeroso con sus ojos achinados. “Picho”, susurra Adela. No quiere asustarlo. “Picho”, repite un poco más fuerte. Y el recién bautizado se acerca cauteloso, la olfatea y después le lame la mano. “Cuando compre la carne te voy a dar un poco”, promete Adela. Y Picho aúlla despacito moviendo la cola. Ha entendido. Adela hace chasquear sus dedos para que el perrazo la siga. Él parece estar de acuerdo. Y como ya se ve la puertita y el cartel despintado “ZOI O”, la chica enfila directo hacia la carnicería. Entonces pasa una cosa rara. Picho retrocede, ladra, no quiere entrar por nada. Vuelve a llamarlo y el perrazo gime y gruñe. En un santiamén desaparece al doblar la esquina.

Entra por la puerta angosta y se queda absorta mirando el lugar. ¡Qué carnicería extraña! Sólo hay dos pedazos de carne sobre el mostrador de fórmica gris muy sucio. Algunos ganchos cuelgan vacíos. A un costado hay una heladera enorme de tres puertas. Del otro lado una cortina con tiritas metálicas que la corriente de aire balancea. Y nadie que atienda. Golpea las manos, a la vez que un olor fuerte (¿a cerdo?, ¿a podrido?) la obliga a fruncir la nariz. ¿Y si se va? No. ¿Cómo va a volver sin las milanesas! A esta hora, ¿dónde encuentra otra carnicería? Su madre dijo clarito: “Preguntáale al portero”. Ella hizo casi lo mismo: le preguntó al hijo.

—Buenas. ¿Hay alguien? —casi grita, y la voz le sale ronca. Silencio absoluto. Ya da media vuelta para ir-